



1

Nathaniel West ignoró el dolor que notó en el brazo y hombro derechos al cargar aquella pieza de carne congelada hasta la puerta trasera del comedor de beneficencia. Sintió una leve punzada de decepción al ver que ella no estaba allí. La joven alta, con la piel cremosa, centelleantes ojos verdes y espeso cabello castaño rojizo que caía en brillantes rizos a su espalda, que solía trabajar como voluntaria por las tardes.

Todavía no sabía cómo se llamaba.

—Hola, hombre. —El reverendo Marshall se acercó a él. Parecía más un luchador profesional retirado que un predicador; el alzacuello propio de los clérigos y el delantal manchado de harina resultaban un tanto incongruentes con su cuerpo grande y musculoso—. Muchas gracias. A partir de aquí ya me ocupo yo de la carne.

Nate se la entregó.

—¿Qué tal va todo, reverendo?

—Pues confieso que va muy bien gracias a la buena gente como tú. —El reverendo Marshall comenzó a empujar la pesada caja hacia el congelador del pasillo.





—Me alegro de ser de ayuda. —Donar a los albergues y comedores benéficos de la comunidad carne de las reses Black Angus que criaban se había convertido en una tradición en la familia West.

El reverendo Marshall desapareció en el congelador.

—Son más de doscientas cincuenta bocas que alimentar entre cenas y almuerzos, y la cantidad no hace más que crecer —llegó su voz desde el interior—. En esta época que nos ha tocado vivir, hay mucha gente sin trabajo. Pero al acercarse el día de Acción de Gracias, las donaciones se incrementan también. El buen Dios siempre nos provee de lo necesario. ¡Gracias, Jesús!

Las palabras del reverendo arrancaron un coro de «amén» entre los voluntarios. Alguno levantó la vista y miró de reojo su cara, antes de bajarla con rapidez, con una sonrisa forzada.

Él se dio la vuelta y se acercó a la camioneta. Un viento frío atravesaba silbando el callejón, trayendo consigo olor a tubo de escape y nieve. Abrió la puerta trasera del vehículo y tomó otro pedazo de carne. Luego llevó los tres bultos restantes hasta el local de uno en uno. Podía usar una carretilla y hacer un solo viaje —en vez de tres de veinticinco kilos cada uno—, pero eso habría acabado con su propósito de hacer la entrega por sí mismo.

Aunque habían pasado ya más de dos años desde la explosión que casi acabó con su vida, todavía estaba muy lejos de ser el hombre que había sido. El brazo derecho no había recuperado toda la fuerza, los tendones del codo y del hombro seguían rígidos y los músculos contraídos. Necesitaba hacer el máximo ejercicio posible con el brazo y el pecho. Y aunque no se moría por ir a la ciudad, tenía que salir del rancho de vez en cuando y socializar con otras personas que no fueran su padre.





O eso era lo que decía su viejo.

Aquello facilitaba las cosas; aceptar las miradas, los susurros, la sorpresa y la repulsión en la cara de la gente. Personas que intentaban no mirarle, que evitaban sus ojos pero que le observaban de reojo cuando pasaba. El miedo y la curiosidad sincera de los niños, que le señalaban al tiempo que decían: «Mamá, ¿qué le ha sucedido a ese hombre en la cara?».

Un obús casero, eso es lo que le sucedió.

Los catorce miembros de la unidad de las Fuerzas Especiales de la Marina a la que pertenecía llevaban a cabo una misión especial en Afganistán, junto con un equipo de cuatro SEALs, cuando el convoy en el que viajaban fue alcanzado por un obús casero. En un momento hablaba con Max sobre la cantidad de heroína que se producía en la provincia de Kandahar y al siguiente...

Un gorgoteo. Un siseo.

Una explosión ensordecedora.

Una luz cegadora. Un lacerante dolor.

El casco y las gafas de combate habían protegido su cuero cabelludo, sus ojos y la oreja, pero el resto del lado derecho de la parte superior del cuerpo, incluyendo la cara, había sido alcanzado y sufrido quemaduras de segundo y tercer grado. Los cirujanos hicieron todo lo que pudieron; le salvaron los dedos, reemplazaron la piel quemada con injertos cutáneos y le proporcionaron una nariz nueva que casi parecía auténtica. Pero incluso después de más de veinte operaciones, seguía pareciendo que alguien había enlucido la piel del lado derecho de su cara con una espátula de recebar.

Y no podía quejarse. Había tenido suerte.

De los dieciocho hombres que componían el convoy,





tres habían muerto en el acto y seis habían resultado horriblemente mutilados. Max murió al instante, convertido en miles de pedazos; Cruz perdió ambas piernas por encima de la rodilla, junto con el pene y el testículo derecho; O'Malley se quemó los brazos de tal manera, que los dedos habían desaparecido y sus manos parecían ramas deformadas; García perdió un ojo y parte de la masa encefálica por culpa de la metralla.

Como oficial al mando, él se había encargado de motivar a sus hombres, alentándolos a través de llamadas telefónicas y correos electrónicos; manteniéndolos unidos por su propio bien. Formaban parte de la Infantería de Marina. Más que eso, eran una unidad de élite, de lo mejor que se podía encontrar en la Armada. Mostrarían al mundo su fuerza y su coraje recuperándose otra vez y encontrando la manera de volver a servir a su patria.

Pero no había sido tan simple.

Él se había recuperado físicamente lo mejor posible, pero a nivel psicológico...

Cruz no fue capaz de enfrentarse a la vida sin pene y acabó pegándose un tiro. O'Malley ingresó dos veces en el hospital con sobredosis de las pastillas que tomaba para el dolor; él estaba convencido de que no había sido accidental. García apenas podía hablar y jamás podría volver a vivir de manera independiente.

Y con respecto a él mismo... No es que fuera un hombre vano, o por lo menos no consideraba que lo fuera... En cuanto le retiraron los tubos de la garganta pidió a las enfermeras que le llevaran un espejo, y mientras una de ellas le ayudaba a mantenerse incorporado, estudió su cara en el cristal, completamente vendada. Decidió que podía vivir con ello.





Rachel no pensó lo mismo.

Rompió con rapidez su relación, con una llorosa disculpa, incapaz siquiera de mirarle.

—No puedo hacerlo, Nate. No puedo —había dicho ella.

A la que era entonces su novia le había gustado verle de uniforme y jamás entendió su decisión de renunciar a la Marina. Eso no impidió que su traición resultara tan mortífera como un segundo obús.

La expulsó como pudo de su corazón, de su mente, intentando pensar de manera positiva durante los meses que duró su agonía, atormentado por brutales tratamientos que le hicieron gritar a pesar de las altas dosis de morfina. Las repetidas operaciones le provocaron una picazón continua bajo los apretados vendajes. Pero según se iba curando por fuera, más muerto se sentía por dentro.

El psicólogo dijo que se trataba de estrés post-traumático y que debía darse tiempo.

Sí, ya lo suponía. No era necesaria una licenciatura en psicología para darse cuenta de eso.

Volvió a su casa, en Colorado, con la firme esperanza de que el aire de la montaña y el trabajo con los caballos le ayudaran a recuperarse mentalmente y a recobrar las fuerzas en el brazo, el pectoral y el hombro derechos. Y se fortaleció, pero por dentro estaba entumecido. Rara vez salía del rancho y con respecto a las mujeres... ¡Joder! Ni siquiera se le había pasado por la cabeza aventurarse en ese sentido.

Acababa de entregar la última carga de carne al reverendo Marshall, cuando la puerta del comedor se abrió y entró ella.

Tenía el pelo castaño rojizo retirado de la cara, recogido en una coleta, las mejillas sonrojadas por haber trabajado sometida a los vapores en la cocina y un delantal atado alrededor de su delgada cintura.





—Ya casi está listo el puré de patata. Lo siento, pero tengo que marcharme. Debo recoger a Emily en la guardería antes de las seis.

—Venga, ve a buscar a esa preciosidad. —El reverendo Marshall desapareció otra vez en el congelador—. Nos vemos la semana que viene.

—¡Buenas noches! —gritó otro de los voluntarios.

—Hasta luego, Megan.

Así que se llamaba Megan...

La vio desatarse el delantal y lanzarlo a un bidón cercano al lavadero. A continuación, buscó el bolso y la cazadora debajo del mostrador. Entonces lo miró.

Nate sintió como si le atravesara una extraña sensación de certeza, como si los rayos del sol le calentaran la piel.

Ella le sonrió, sin un indicio de repulsión en su hermoso rostro, mientras se ponía la prenda y se cerraba la cremallera hasta la barbilla.

—¡Buenas noches!

Pasó junto a él y salió por la puerta trasera. La siguió con la vista sin poder evitarlo.

Megan Hunter cruzó apresuradamente hacia el aparcamiento al otro lado de la calle, subiéndose el cuello de la cazadora para protegerse del viento. El frío la hizo estremecer. Tiritando, sacó las llaves y apretó el botón que abría las puertas de su pequeño Honda Civic azul. Apenas le había dado tiempo de sentarse en el asiento del conductor y cerrar la puerta, cuando él se dejó caer en el asiento del copiloto, a su lado.

«Donny».

Le dio un vuelco el corazón.





—¿Q-qué haces aquí? ¡Fuera! ¡Vete antes de que llame a la policía! Como sepan que has vuelto a violar la orden de alejamiento...

—¡Joder! ¡Cállate de una puta vez, Megan! —Él cerró sus huesudos dedos en torno a su muñeca, impidiéndole meter la mano en el bolso para coger el móvil—. Me importa una mierda esa orden de alejamiento. Necesito pasta y sé que tú tienes más que suficiente.

Donny había envejecido considerablemente desde la última vez que le vio, casi un año antes; tenía ojeras, la piel ce-trina y los dientes negros. También había perdido peso. Notó que una pátina de sudor le perlaba la frente y que había un destello salvaje en sus ojos.

«Ha tomado metanfetamina».

Al ver que se sentaba en el coche se había asustado, pero ahora estaba aterrada.

No quería enfrentarse a él, así que se obligó a ocultar el miedo.

—D-déjame buscar en el bolso. Te daré todo lo que llevo encima.

Él miró el bolso como si acabara de darse cuenta de que estaba allí. Volcó el contenido en su regazo y se apropió de la cartera. La abrió y cogió todo el dinero que llevaba, agitando los billetes ante su cara.

—¿Doce dólares? ¿Lo único que llevas encima son doce putos dólares? ¿Dónde tienes toda la pasta que conseguiste?

Por eso estaba él allí. Se había enterado de la indemnización por los periódicos.

Pero no pensaba dejar que la intimidara. Ya no era la misma mujer que años atrás, cuando le conoció. Ahora era más fuerte, más lista. Había recuperado su vida y no pensaba dejar que le hiciera daño.





—No llevo el dinero conmigo.

—¡Oye, puta!, ¿es que no lo entiendes? —Él se inclinó hacia delante y clavó en ella una mirada colérica. El hedor de su aliento inundó el aire—. Me he metido en líos con unos tipos poco recomendables, y como no les pague lo que les debo, voy a tener grandes problemas.

Fue entonces cuando ella vio el otro coche. El que estaba detenido en la calle, tras el suyo, bloqueándole la salida. Estaba atrapada. El escalofrío que bajó por su columna no tuvo nada que ver con la baja temperatura.

«¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!».

—Esto es lo que vas a hacer. Vas a poner en marcha el coche y te dirigirás al banco, donde retirarás cinco de los grandes para dármelos a mí. Bueno, mejor que sean diez. Si no lo haces... —Sacó una foto de Emily y se la tiró a la cara—. Qué niña más guapa...

A ella se le heló la sangre en las venas.

—N-no te atreverás a hacerle daño...

—No, yo no podría. Pero, ¿qué crees que harán esos tipos? —Señaló hacia el otro coche con un gesto de cabeza.

—V-voy por el dinero y vuelvo aquí.

Donny le dio una bofetada. El golpe la pilló por sorpresa y le hizo arder la mejilla.

—¡Tú te has pensado que soy gilipollas! Iremos juntos. No pienso darte la oportunidad para que llames al memo de tu hermano o a alguno de sus amigos...

La puerta del copiloto se abrió de golpe y unas manos entraron bruscamente para agarrar a Donny por el cuello y arrastrarlo fuera del vehículo. Durante un terrible momento, ella temió que los hombres que aguardaban en el otro coche hubieran perdido la paciencia y decidido actuar. Un grito vibró en su garganta, pero murió antes de salir cuando re-





conoció la cara marcada del hombre que había visto en el comedor de beneficencia.

Él apartó a Donny a un lado con una mirada llena de furia que deformaba sus rasgos dañados. La expresión se suavizó cuando sus ojos coincidieron con los de ella.

—¿Estás bien?

Ella intentó advertirle.

—Yo sí, p-pero los hombres del otro coche...

—¡Al suelo! —Él se dejó caer de rodillas al tiempo que sacaba un arma.

Ella se agachó y se cubrió las orejas, incapaz de reprimir un grito cuando el seco sonido de unos disparos rompió el aire helado.

¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Un agudo chirrido de llantas. Otro disparo. *¡Bam!* Un gruñido.

—¡Joder! —maldijo el hombre—. ¡Mierda! Se han largado.

Ella abrió los ojos y se encontró a su salvador frotándose el hombro izquierdo con la mano derecha, llena también de cicatrices. No había señal alguna de Donny o del otro coche.

—¿Estás bien? —le preguntó ella.

El hombre asintió con la cabeza.

—Sí.

De pronto, la atravesó una intensa sensación de pánico.

—¡Emily! —Se inclinó frenéticamente hacia el suelo del coche para buscar las llaves que se le habían caído antes—. ¡Oh, Dios mío! ¡Van a intentar hacerle daño a mi hija!

—Llama a la policía. Llegarán mucho más rápido que tú y podrán protegerla como es debido.

Algo en la voz de aquel hombre sosegó el agitado latido de su corazón, suavizando la intensa sensación de miedo





que la invadía. Alzó la mirada y se topó con unos ojos profundamente azules. Notó que tenía el pelo castaño claro y muy corto; cejas oscuras, mandíbula firme, pómulos altos. El lado derecho de la cara y el cuello estaba lleno de cicatrices que solo podían haber sido producidas por una quemadura, mientras que la izquierda estaba perfecta. Sin embargo, lo que la impactó de verdad fue la intensa preocupación que vio en sus ojos.

Asintió con la cabeza antes de recoger el iPhone del suelo del coche.

Pero él ya había sacado su propio móvil y marcaba el 911.

—Quiero denunciar un asalto con disparos en la avenida Cincuenta y seis, frente al comedor de beneficencia de Denver. Los asaltantes han huido de la escena del crimen para dirigirse hacia el sur en un Lincoln Continental negro con las ventanillas tintadas. El agresor es un varón de raza blanca, de unos cuarenta años y estatura cercana al metro ochenta. Amenazó con atacar a la hija de la víctima, así que pensamos que puede estar dirigiéndose a una guardería situada en... —Hizo una pausa para mirarla a ella.

—El hombre se llama Donny Lee Thomas. —También le facilitó el nombre y la dirección de la guardería de Emily. A continuación marcó el número de su hermano, rezando para que respondiera al teléfono.

—¡Hola, Megan! ¿Qué...?

—¡Oh, Marc! —Parpadeó para contener las lágrimas y procedió a explicarle lo ocurrido—. Donny ha intentado robarme. Se metió en mi coche cuando yo acababa de subirme, creo que había tomado metanfetamina. Quería mi dinero... Me pegó. Ahora ya se ha ido, pero ¡amenazó con hacerle daño a Emily!





—¡Jodido cabrón! —maldijo Marc—. ¿Dónde estás?
¿Estás sola?

—Estoy enfrente del comedor de beneficencia. Y no, no estoy sola. El hombre que hizo huir a Donny me acompaña. Está armado y ya ha llamado al 911. —Se dio cuenta en ese momento de que no sabía cómo se llamaba él—. Necesito que alguien vaya a la guardería de Emily y la proteja.

Marc pareció hablar con otra persona y luego volvió a dirigirse a ella.

—Quédate dónde estás, cariño. Acaban de enviar dos unidades al lugar en el que te encuentras. Yo iré a por Emily. Ese cabrón no se acercará a ella.

Megan colgó el teléfono. Solo cuando comenzó a escuchar el sonido cada vez más cercano de sirenas, se relajó un poco. Vio que el hombre se había sentado de lado en el asiento del pasajero, pero que seguía teniendo las piernas fuera.

—Gracias.

Él la miró, todavía con el teléfono en la mano.

—De nada.

—Te he visto en el comedor de beneficencia. Eres el ran-
chero que dona toda esa carne.

Él asintió con la cabeza y le tendió la mano.

—Bueno, la verdad es que solo soy su hijo. Me llamo Na-
thaniel West.

—Yo soy Megan Hunter. —Vio que él cerraba los dedos en torno a los suyos, temblorosos, y para su sorpresa no sintió deseos de apartar la mano como solía pasarle cuando un hombre la tocaba. De hecho, el contacto le resultaba reconfortante—. No tengo palabras para agradecer lo que has hecho por mí, Nathaniel.

